

Miércoles, 25 enero 2006
ORACIÓN Y REFLEXIÓN BÍBLICA*
Éxodo 3, 1-15

A manera de introducción quiero trasladarles en primer lugar los saludos cordiales y fraternales de su Santidad Karekin II, Catholicos de todos los armenios, que reza por el éxito de esta tercera Asamblea europea.

Al reflexionar en este pasaje del libro del Éxodo lo primero que llama mi atención es la fuerza de la imagen de la zarza ardiente. Este milagro incitó a Moisés a descubrir lo que este arbusto significaba; y mientras se aproximaba al arbusto Dios le habló.

Luz y voz me parecen ser aquí factores fundamentales, como dos instrumentos del conocimiento, el más alto conocimiento, el conocimiento de Dios. Este conocimiento verdadero no es fruto del poder de la representación o de la capacidad humana, que corría el peligro de no reproducir la realidad de Dios. Tanto en su gracia infinita como en su amor sin límites el Padre se da a conocer para mostrar el camino a sus hijos y para no permitir que caigan en falsas ideas y representaciones.

* Traducción de la lengua alemana al español del Prof. José Ramón Matito Fernández. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

Este texto ha sido meditado por la Iglesia Apostólica Armenia a lo largo de 1700 años, pues desde la conversión de mi pueblo nuestra santa Iglesia ha encontrado en este texto una parte de su solidez.

¿Cuántos teólogos han comentado este texto? ¿Cuántos santos lo han vivido en la larga y venerable tradición que también es la mía? En el tiempo del que dispongo me conformaré con volver de nuevo sobre algunos aspectos fundamentales.

La fuerza que dimana desde el principio de este pasaje consiste en la fidelidad y en el amor ilimitado de Dios, que se acuerda de aquéllos a los que ama. Se acuerda de sus hijos, preocupado por liberarlos de la servidumbre en la que los hebreos han caído por sí mismos al trasladarse a Egipto. Para llevar a cabo esto llama a un hombre que será su instrumento.

La llamada de Dios es un tema central en la Biblia que es muy apreciado por los armenios. Esta llamada aparece en la Escritura de dos formas: la llamada directa y la llamada indirecta. En este texto se nos muestra la llamada directa, en la que es Dios mismo el que se dirige a Moisés de la misma manera en que lo hará más tarde a san Pablo en el camino a Damasco. La llamada indirecta es la que más frecuentemente se representa. Es la que acontece a Job, a Nicodemo o a san Gregorio, el Iluminador, que guió la conversión de Armenia al cristianismo en torno al año 300.

La primera respuesta a esta llamada consiste en negarla y rechazarla, como hizo Jonás, que huyó a Tarso. Moisés se defiende diciendo: “¿Quién soy yo para ir al faraón?”. Esta actitud totalmente humana nos recuerda que también los profetas y los santos son hombres con sus titubeos y temores. Por eso surge la duda ante la intervención de Dios. Como Nicodemo que escuchó la llamada de Dios y creyó en la palabra de Cristo, pero que no dejó de dudar y rehusó dar testimonio ante el Sumo Sanedrín. Moisés, por el contrario, llegó más lejos.

Moisés, al igual que después Pablo en el camino hacia Damasco, respondieron a la llamada de Dios y acogieron el plan de Dios. Estos instrumentos de la providencia divina sufrieron por su Dios. Moisés nunca llegó a entrar en la tierra prometida, y Pablo fue encarcelado; en cambio Nicodemo no tuvo inquietud alguna.

Pero, ¿y lo que lograron?

Moisés liberó a los hebreos de la esclavitud sin derramar sangre alguna y sin tener que enviar ningún ejército al campo de batalla. Pablo fundó la Iglesia como institución al servicio de la humanidad sufriente.

Este texto encuentra eco en mi corazón, como en el de todos los cristianos y cristianas de Armenia, y también en vosotros, hermanos y hermanas, pues nos recuerda que *los sacrificios realizados en nombre de Dios jamás son en vano*.

Este texto nos enseña que sólo la fe es liberadora. ¿Por qué prevalece allí donde el poder es impotente? Porque *la fe es idéntica al amor*. Si Moisés no hubiera tenido fe alguna en su Dios no hubiese podido hacer nada, y si tuvo esa fe fue gracias a su amor incondicional. Qué prototipo de hombre es éste que está dispuesto a abandonarlo todo para seguir el camino que Dios le ha señalado; sobre todo cuando ese camino no se corresponde en absoluto a su propio camino, pues era un pacífico pastor. Moisés procede tal y como Dios le ha sugerido, allí hacia donde le guía.

Nuestro mundo actual ganaría en grandeza si siguiera los pasos de Moisés. ¿Cuántas guerras y cuántas masacres de hombres inocentes podrían evitarse? Como herederos de los apóstoles tenemos la obligación de recordarles a los dirigentes de las naciones que no se entienden entre sí, o que les resulta difícil ponerse de acuerdo, que el odio y la guerra sólo son victorias aparentes, y que sólo el amor de Dios triunfa realmente y puede construir una paz duradera sobre la tierra.

En este pasaje se halla una de las cuestiones más enigmáticas de la Biblia. ¿Cómo se ha de interpretar exactamente el fenómeno de la zarza ardiente en una sociedad como la nuestra? El racionalismo no debe conducirnos a una nueva idolatría o, aún peor, al nihilismo.

La Iglesia apostólica armenia se sostiene en una antigua tradición patrística que se encuentra en los escritos del santo capadocio Gregorio de Nisa y en los escritos del teólogo armenio del siglo XIII Juan de Yerzingat. Así, la zarza ardiente que ilumina al mundo sin consumirse, es considerada una prefiguración de la santísima Madre de Dios, que es tan querida por los armenios. María ha engendrado la luz del mundo

por la fuerza del Espíritu Santo, sin marchitarse la flor de su virginidad. El Espíritu Santo la colmó sobremanera de alegría y paz. Le otorgó una esperanza desbordante. Como nos dice el apóstol Pablo: “Que Dios, de quien procede la esperanza, llene de alegría y de paz vuestra fe; y que el Espíritu Santo, con su fuerza, os colme de esperanza” (Rom 15, 13). San Gregorio de Tatev, un teólogo armenio del siglo XIV, para nosotros tan importante como lo fue santo Tomás de Aquino para la Iglesia de Occidente, dejó escrito en su catequesis: “*La santa Virgen María llevó dentro de sí el fuego del conocimiento divino sin abrasarse*”. Este misterio absoluto no puede comprenderse por el espíritu de la razón. También aquí la fe se torna más provechosa que el razonar, pues ¿quién además del Padre mismo puede comprender los planes del Padre? Su Hijo hecho hombre no necesitó de su intelecto, de su entendimiento, para amar, creer y cumplir su misión.

Para esta cuestión la tradición armenia cuenta con una gran riqueza; pero no me es posible exponerla de forma completa en esta mañana. Como conclusión destacaré lo que posiblemente sea más importante.

Estos versículos plantean la cuestión del nombre de Dios. Todos nosotros conocemos las dos tradiciones que están vinculadas con el nombre Yahvé. La que se retrotrae al tiempo anterior al diluvio (Gn 4, 26) pensaba que Dios se había revelado a los patriarcas bajo el nombre *El Shaddai*. La otra, que está representada en el pasaje que estamos analizando, afirma que el Padre se dio a conocer bajo el nombre Yahvé. El propio Eterno aclara el nombre con el cual quiere ser invocado de ahora en adelante: “**Yo soy me ha enviado a vosotros.** (Y más adelante:) *Yahvé, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros*”.

El “Yo soy”. Esta magnífica declaración sobre quién es Dios se convertirá en su propio nombre. El nombre de Dios muestra que Dios es un ser, el ser por excelencia. Aquí se establece la eternidad de Dios y al mismo tiempo, a través de ella, la de la Santísima Trinidad y, por consiguiente, la de su querido Hijo. Ahí se halla el principio de la fe. El conocimiento que Moisés alcanza de Dios en este pasaje no es en manera alguna una idea humana, sino una verdad revelada. Y partiendo de esta verdad el creyente comienza a compren-

der a Dios a través de la fe y la oración, y no como fruto de construcciones del intelecto humano.

Este texto, uno de los puntos álgidos de la Biblia, fue meditado y comentado detalladamente en la catequesis de san Gregorio el “Iluminador”, e incorporado a la historia de Agathange, el historiador que relató la conversión de Armenia. Esta larga meditación (unos 450 párrafos) constituye el fundamento de la teología armenia. San Gregorio, o aquel que escribe en su nombre, destaca enérgicamente la unión de la persona de Cristo, que se ha hecho carne como palabra encarnada y ha cargado sobre sí el tener que sufrir por nuestra salvación. Como ser eterno, infinito e intangible ha asumido la contingencia de un cuerpo para hacerse verdadero hombre (Hb 9, 26). *Él estaba con el Padre, en el Padre, y se ha hecho una criatura: un simple instrumento, pero un instrumento divino que participa del Padre según la voluntad del Yo-soy-el-que-soy.* Este pasaje confirma que *“Dios, es nuestro Dios por los siglos de los siglos”* (Sal 48, 15), que Malaquías reproduce en los siguientes términos: *“Yo, el Señor, no cambio”* (Ml 3, 6). Ante esto David respondió con su profesión de fe: *“Pero tú eres siempre el mismo”* (Sal 102, 28).

Contemplamos aquí la extraordinaria unidad de la Sagrada Escritura, fundada en la promesa realizada al primero de los apóstoles: *“Yo estoy aquí, no temas”*; promesa que Gregorio pudo recoger, conservar y transmitir en su catequesis (párrafos 377-378).

Tendría que desarrollar aún mucho más esta reflexión para intentar profundizar en todos los aspectos de este texto tan trascendental. El relato contiene dos promesas que Cristo, nuestro Dios, nos hará: *Amad al Señor, vuestro Dios, creed en Él y respondió a su llamada, para no ser más que un instrumento de su amor infinito.* Y también: *Dios “no cambia” por los siglos de los siglos, Él es “el que es”, y Él es amor.* Este es el mensaje de amor y esperanza que esta mañana quería transmitirles sobre el fundamento de este magnífico pasaje. ¿Hay otro que podamos ofrecer a nuestros hermanos y hermanas de Europa y de todo el mundo?

Obispo NORVAN ZAKARIAN
Iglesia Apostólica Armenia

